

ASPECTOS ETICOS DE LA EDUCACION MEDICA DEL INVESTIGADOR

Carlos Falasca

El progreso tecnológico de la última década nos promete el instrumento de una nueva revolución, la cual nos es preciso mirar como un desafío creador y excitante.

Ciencia, técnica e industria nos colocan frente a mucho más que simples problemas.

Somos interpelados siempre por el mandamiento divino de "dominar y conquistar la tierra". Hemos sido llamados, e incluso desafiados a hacerlo, en el contexto de una conciencia más profunda y con una apreciación más justa de los límites y de las sujeciones en cuyo interior debe ser obedecido este mandamiento.

Debemos permanecer abiertos a todo lo que la tecnología, producto de la visión y de la habilidad del hombre, puede ofrecernos. Pero, es preciso que hagamos uso de nuestra inteligencia con una apreciación más aguda y crítica de nuestras sociedades, de sus objetivos y de sus prioridades.

Es necesario que desarrollemos un sentido claro de la dignidad de la ética, de la moral, de la libertad, del bien, de la temporalidad y del misterio.

La humanización de la medicina y de la investigación, que hoy día es insistentemente requerida por todos, exige de nosotros y todos aquéllos que cooperan en el área de la salud el honrar las obligaciones morales contraídas, frecuentemente olvidadas por tomarlas como un simple carácter estatutario.

Hoy en día contrastan las actitudes del filósofo moralista o filósofo de la ética con las del filósofo de la máquina.

El primero cree "que si el hombre acepta reformarse a sí mismo... la naturaleza y las circunstancias tendrán cada vez menos defectos"; en tanto que el segundo estima que "reformando la naturaleza y las circunstancias... es como el hombre se reconocerá finalmente sin defectos".

Parte de la sociedad occidental ha elegido de hecho el acercamiento al mecanicista y ha rechazado la perspectiva moralista. ¿Cuándo se ha llevado a discusión la cuestión de saber qué perspectiva es la buena o qué compromiso sería deseable establecer entre la una y la otra?

El hombre se ha enfrentado a dos revoluciones muy importantes: la industrial y la informática; pero en la actualidad se enfrenta a una más crucial: la **biológica**, que ya ha tenido sus impactos en nuestra sociedad en el campo de la fe en tres grandes dominios: dignidad de la persona, libertad e integridad corporal.

Los conocimientos técnicos permiten hoy fecundar un embrión humano en una probeta y reimplantarlo con éxito en el útero de la madre, producir virus que provocan tumores en los humanos, sintetizar un gen, introducir un mensaje genético artificial en una célula viva a través de un proceso químico. Se ha fabricado un "algo" por fusión de una célula humana con una célula de planta tabaco. Se fabricaron células híbridas a base de levadura, y una célula sanguínea de pollo a base de células humanas y células de ratón y también a base de células humanas y de mono.

Se ha conseguido la multiplicación de un individuo por multiplicación vegetativa (clon): plantas y animales enteros pueden ser desarrollados a partir de células adultas individuales.

Se ha cambiado el sexo de un mono en el interior del útero de su madre. Podemos elegir el sexo de nuestros propios hijos. Estamos en el camino de convertirnos en "dueños técnicos" de nuestro propio proceso de vida. El **homo sapiens** se convierte en **homo biologicus**. Esta revolución tecno-biológica, aunque reciente, está suficientemente avanzada para que iniciemos una reflexión profunda sobre sus implicancias sociales y religiosas.

Tras la Segunda Guerra Mundial, las ciencias de la vida se han desplazado desde el terreno de la observación, a través de una intensísima y rapidísima fase de análisis hacia la capacidad de síntesis o de construir artificialmente sistemas vivos. Esta capacidad interesa finalmente a tres áreas de significativa importancia para el hombre: el control de la vida y la muerte, el control del potencial humano y el control de las realizaciones humanas.

Me referiré brevemente a este último tema, debido a que desde el punto de vista de la investigación científica y del futuro tecnológico es quizás el más importante.

Las biotecnologías, usadas posiblemente por primera vez en una escala relativamente amplia, tratan de influenciar, promover y ulteriormente controlar disposiciones específicamente humanas como: la palabra, el pensamiento, la elección, la emoción, la memoria, la imaginación, la creatividad y quizás la visión existencial.

Lo que es de importancia capital no es la técnica aislada, cualquiera sea, sino la significación de lo que está sucediendo.

Hay que ver con claridad la significación de los nuevos poderes tecnológicos disponibles, la creciente capacidad de controlarnos tecnológicamente a

nosotros mismos. Tenemos la obligación de tener en cuenta fundamentalmente los fines y las intenciones.

Estamos comenzando, científicos, teólogos y moralistas, a discutir aspectos de lo que hoy conocemos como Bioética.

El científico debe escucharse a sí mismo y exigirse siempre, en cada uno de sus actos, un resultado previsible, y no pretender transformar un sistema social, en el cual la ética, la moral, la dignidad y las libertades humanas se vean convertidas en un laboratorio, en el cual la previsibilidad y la repetibilidad exigirían sacrificar el precio de las libertades humanas.

Estas tecnologías tienen la intención decidida de cambiarnos, de cambiar nuestro modo de vivir, de pensar, de existir. Van a afectar profundamente el modo en el que comprendemos el mundo, así como nuestra inteligencia de la fe.

Las tecnologías no pueden ser consideradas como moralmente neutras; ellas tienen un significado ético. Deben ser apreciadas en moral y no tienen todas el mismo valor. No se deben aceptar aquéllos que comprometen nuestra responsabilidad con respecto a futuras generaciones y su libertad.

¿Es que la tecnología es incompatible con la fe? Sería absurdo pensarlo y pretenderlo. Pero no podemos ignorar que muchos "progresistas" se han autorizado una filosofía incompatible con el Evangelio. Para hacer escuchar la palabra cristiana, el investigador deberá discernir lo que está al servicio del ser humano de lo que es ideología al servicio de algunos hombres. Deberá reponer en su verdadero lugar la tecnología, aspecto en la actualidad nada fácil.

El hombre ejerce legítimamente la autoridad solamente en la medida en que él mismo es imagen de Dios. Hoy en día el peligro es la técnica en manos de tecnócratas inhumanos, y la mentalidad que engendra, que se inclina insidiosamente hacia la tecnocracia.

El hombre esclavizado por la técnica parece perder conciencia de sus raíces, se considera como "colocado ahí", en un lugar fortuito.

Al tecnificarse con exceso, las ciencias pierden en gran medida este valor civilizado que les ha sido reconocido desde largo tiempo.

Cada investigador explora su dominio y tiende a estrecharlo. Salvo admirables excepciones, en los que poseen de la reflexión una experiencia suficiente como para discernir los "límites de su técnica y de toda técnica", muchos investigadores olvidan el sentido de su responsabilidad con respecto a los hombres y el mundo. En cambio, se puede temer en alguno de ellos, una alteración del sentido de la verdad que, como ya he mencionado anteriormente, producirá un serio impacto en el campo social y de la fe en tres grandes dominios: la dignidad de la persona, la libertad y la integridad corporal. Esto

es aún más serio cuando las técnicas aplicadas, sin reflexión ni visión de futuro, pueden producir una grave crisis en la maduración de la identidad personal.

La ciencia sin conciencia sólo puede conducir a la ruina del hombre. En toda investigación debe haber una base moral y biológica incontrovertible.

La investigación médica y biológica debe subordinarse a la ética, como todas las ciencias, porque no es solamente un estatuto sobre normas de conducta, sino un sentimiento que nace del respeto por la dignidad humana.

Es un humanismo que se nutre de una real "vocación de servicio" y "vocación de sacrificio", retroalimentadas por un examen de conciencia diario que tenga como único fin el respeto a la vida, la muerte y la dignidad humana; de no ser así, el médico, investigador o no, verá muy pronto destruido el manto sagrado de su sacerdocio.

Bibliografía Consultada

- BASSO, Domingo M., O.P. **Nacer y morir con dignidad.** Estudios de bioética contemporánea. Consorcio de Médicos Católicos, Buenos Aires, mayo 1989.
- BRUNGS, Roberto A., S.J. **Las Universidades Católicas y los Problemas Planteados por el Desarrollo Tecnológico.** FIUC/AG/LLN/1980/DOC.B.
- DE OLEZA, Jaime. **Paradigma DIP y Modelo PIP (Metafísica de la persona humana trascendente y acto moral).**
- Experimentación con seres humanos y ética médica.** Crónica de la O.M.S., 35, 1981, pp. 233-236.
- RATZINGER, Joseph, BOVONE, Alberto. **Instrucción sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la Procreación. Respuesta a algunas cuestiones de actualidad.** Congregación para la doctrina de la Fe. L'Observatore Romano. 15 de marzo, 1987, pp. 149-53.
- TROISFONTAINES, R., S.J. **Las condiciones de una palabra cristiana en un mundo tecnológico.** FIUC/AG/LLN/1980/DOC. C.
- Aspectos éticos del desarrollo tecnológico.** Ed. Mensajer, col. Biblioteca Fomento Social No. 27, editada por Alberto Dou.